

Maldiciendo cien veces el interés de sus criados que había respetado su sueño, vistióse en cinco minutos recordando que aun tenía que hacer unas cuantas diligencias.

Entregó la niña á la niñera que había sido puntual en su llegada y se dirigió á casa de un jardinero, encargándole el mejor de los bouquets que hubiera hecho en su vida; dió la dirección del señor Milaguine con una tarjeta suya en la que escribió con lapiz: «Un retraso completamente involuntario me imposibilita ir á saludaros. De hoy en quince os explicaré lo sucedido. Recibid mis respetos y mi felicitación»; tomó todo género de precauciones para que el bouquet llegara á su destino; terminó del modo que pudo sus otras diligencias y volvió á casa.

Una hora después, llegaba á la estación, en el preciso momento en que sonaba el pito de marcha y tomando un compartimiento de primera, entró en él con la niña y la acompañante.

VII

Marta durmió muy poco aquella noche. A las siete de la mañana ya se había levantado, con gran extrañeza de Nastia que dormía en la misma habitación y á quien se le había imbuido la idea de que los días de fiesta no debe nadie levantarse temprano, volvió la cabeza del otro lado y se quedó dormida nuevamente.

Marta, satisfecha de estar sola, empezó á vestirse poniendo en ella extremada atención.

Su bata de mañana, blanca y vaporosa, le caía á las mil maravillas; se miró al espejo, sonrió y

descendió al jardín llevando en la mano un libro que no leía.

Dieron las ocho, las nueve, las nueve y media. Nerviosa, empezó á pasear por las avenidas del jardín, para distraer su impaciencia. Desde hacía dos horas esperaba el momento en que apareciese Miguel por el gran camino que bordeaba el Neva. Lo veía de lejos en su imaginación, aparecer, reconocerla y apretar el paso.

Las últimas palabras del joven oficial le habían llegado á lo más profundo del alma.

Se reprochaba interiormente haberlas provocado con su mirada, se avergonzaba de su debilidad y ruborizábase al pensar que sus ojos habían despegado los labios de Averief. Creyó haberse faltado á sí misma arrancando esta declaración y parecióle una debilidad criminal el haber manifestado sus sentimientos.

Arrepentíase de la insistencia con que había indicado á Miguel sus deseos de que viniera aquel día, pero no había sabido ser dueña de sí misma; desde hacía mucho tiempo daba á la presencia de este hombre una especie de importancia supersticiosa; se sentía feliz cuando estaba Miguel en su casa, y le parecía que le iba á pasar algo desagradable cuando notaba que no iba á visitarla en los días durante los cuales creía ella que no podía faltar.

Sumida en estas reflexiones caminaba lentamente por la avenida que circundaba el jardín. Las aguas del Neva bañadas por un sol espléndido brillaban ondulantes; las islas, convertidas en macizos de verdura, reflejaban en el agua sus casitas blancas, y el viento de la mañana acariciaba las mejillas de Marta tan delicadas como las hojas de una rosa.

Sentíase feliz y al mismo tiempo turbada; tenía el íntimo convencimiento de que en este día se

iba á decidir su vida futura y que su felicidad habia de venir por aquella carretera polvorienta...

Dieron las diez, las diez y media, y Marta se detuvo. Apoyada en la verja del jardín, hizo lo que jamás habia hecho, lo que el día anterior le hubiera parecido una inconveniencia; miró fijamente la carretera interrogando, escudriñando con sus ojos los carruajes, los peatones, los jinetes, todo lo que pasaba.

En un reloj lejano dieron las once; Marta abandonó bruscamente la verja, entró en una glorieta del jardín, sentóse en un banco y se puso á llorar

Poquísimas veces lloraba; consideraba las lágrimas como un signo de debilidad, cuando no un recurso; como un desahogo del corazón próximo á estallar; pero aquella mañana sintióse invadida por una completa desolacion por un sentimiento de abandono absoluto. Hubiera querido pensar que Miguel habia faltado á su palabra retenido por un obstáculo vulgar, que su ausencia no sería más que de quince días, que de un momento á otro recibiría una carta, una excusa ó una explicación, pero su espíritu, decaído por la decepción, no admitía consuelos.

Mientras que Marta se enjugaba las lágrimas y procuraba calmar su excitación para saludar á su padre, Paulina, que estaba acechando en una ventana, vió llegar al enviado de Averief con un bouquet. Bajó en seguida, llegó hasta la galería y con la excusa de que ella se encargaría de presentarlo á su dueño, recogió el bouquet.

En el recibidor habia cinco ó seis ramilletes, obsequio de otros tantos amigos, de modo que á Paulina no le era difícil escamotear el de Miguel. Aprovechó un momento en que no la veía nadie, y provista del ramo subió á sus habitaciones.

Tranquila por el éxito, Paulina leyó y releyó la tarjeta, rompió ésta en varios pedazos que sumergió en un vaso de agua y después se sentó para contemplar absorta el precioso bouquet.

Parecía un ramillete de enamorado, de novio. Cualquiera hubiera dicho que el jardinero habia adivinado la persona á quien iba dirigido, pues las flores significaban todo un poema. Los jazmines, las tuberosas, las camelias, las lilas, todo era blanco y en el centro aparecía un ramo de flores de azahar disimulado entre helechos.

Trastornada sin duda por la mezcla intensa de tan diversos perfumes, Paulina arrancó violentamente el ramo de azahar, aun á riesgo de destruir la armonía de aquel himno odorante; lo retuvo un momento en sus manos dispuesta á destruirlo, pero cambió súbitamente de idea, y riendo con risa sarcástica, se colocó el azahar en la cabeza y se miró al espejo.

En aquel momento estaba extraordinariamente bella. La perversidad de sus ojos negros, le daba un aire de atracción diabólica que hacía contraste con las ideas que despierta la flor virginal.

Sonrió satisfecha y murmuró:

— Me sientan tan bien como á ella y soy tan bonita como ella

Después fué arrancando una por una las entrelazadas flores, las reunió en una mano y las echó en un jarrón; se le ocurrió otra idea, y riendo más fuerte que antes, cogió los pedazos de la tarjeta, mojados é informes, y los metió en el agua destinada á las flores del deshecho bouquet.

— ¡Todo junto! — se dijo — esto es mejor.

Hizo desaparecer en la chimenea la envoltura y los restos del ramillete, dirigió una mirada de aprobación á su obra y descendió al comedor.

Marta se habia dirigido en busca de su padre para almorzar, y procuró dar á su semblante el

mejor aspecto posible, alegando un gran dolor de cabeza, como justificación de su estado y de sus ojos enrojecidos por el llanto.

—He ahí las consecuencias de levantarse temprano—dijo Marta dirigiéndose á abrazar á su hermana.

—¿Tienes el vestido mojado. ¿Has llorado?—le dijo en seguida.

—Será el rocío—respondió Marta haciendo un penoso esfuerzo.

La que jamás había dicho una mentira, se veía obligada á disimular, á no decir la verdad.

El señor Milaguine había comprado á su hija un magnífico collar de perlas.

—Dicen que las perlas traen la desgracia á los que están prometidos—añadió el señor Milaguine poniendo el collar á Marta,—por lo tanto; te las regalo antes que nadie te haya hablado de casamiento, conjurando, de este modo, la mala suerte.

Cada palabra parecía escogida expresamente para hincar más el dardo en el corazón de Marta; las palabras de su padre le hicieron brotar las lágrimas.

—Pero, mujer, ¿á qué viene eso?—dijo el señor Milaguine.—¿Es el casamiento lo que te produce ese efecto?

—Yo quisiera no abandonaros nunca—balbuceó Marta ocultando su cabeza en el pecho del padre.

El señor Milaguine la estrechó dulcemente entre sus brazos y después, lanzando un suspiro, dijo:

—Seamos dichosos mientras estemos juntos.

Paulina presentó también su regalo, bordado por ella, y besó á Marta en las dos mejillas con extraordinaria efusión.

La conversación se generalizó. A Marta le fue-

ron presentados los bouquets recibidos, con los nombres de los que le habían enviado; esperaba de un momento á otro sentir el nombre de Miguel, pero esta nueva ilusión también se desvaneció como las otras.

—Averíef no ha venido—dijo el padre—y yo ya me lo figuraba cuando uno sale de viaje siempre tiene que hacer más de lo que se figura. ¡Pero estás triste!—añadió dirigiéndose á su hija que permanecía muda—¡qué modo de inaugurar tus veinte años!

—Estoy cansada de ayer—respondió Marta.—¡Como nos acostamos tan tarde!

—Echaremos la siesta este mediodía—dijo el señor Milaguine;—el sueño es la panacea universal.

Esta noche vendrá mucha gente, se bailará, y es preciso estar espabilados. Vete á dormir hasta la hora de comer y ya me encargaré yo de recibir las visitas.

Contenta de escapar á la necesidad de hablar y manifestar una alegría que no sentía, se retiró Marta á su habitación después de almorzar.

Una hora hacía que se había echado en la cama, preocupada por tantas emociones, cuando sintió que llamaban á la puerta.

—¿Se puede entrar?—dijo una voz meliflua, y sin esperar la respuesta, entró Paulina, cerrando la puerta con medrosa precaución.

—¿Qué desea?—preguntó Marta recostando la cabeza sobre la almohada.

—¿Puedo hablar con usted un momento?—dijo Paulina dando á su voz la inflexión más dulce.

—Como quiera, aunque mi deseo fuera el estar sola.

—Es que tengo algo que decir—añadió la institutriz, acercándose al lado de la cama.

Una vez entrada en la habitación, estaba Pau-

lina segura de no salir de ella sin haber dicho lo que quería.

Marta le volvió la espalda con un movimiento de fastidio, pero Paulina no hizo caso; se arrellanó cómodamente en la butaca y empezó á mirar á la señorita Milaguine con aire de profunda conmiseración. Esta, con los ojos cerrados, no pensaba más que en quitarse pronto de su lado una compañía tan molesta fingiendo un sueño invencible.

—Don Miguel ha salido para el Extranjero... dijo Paulina con voz dulce.

Marta abrió los ojos y la miró fijamente.

—¿Y bien? contestó tranquila.

—Ya sabía yo que esto te haría despegar los labios; pensó Paulina, y luego:

—Pero no se ha ido... solo, añadió recalcando esta última palabra.

Marta apoyó la cabeza sobre su mano y miró á Paulina indignada y como queriéndole decir que á qué venía esa confidencia.

Mas como quiera que Marta no le preguntó nada se vió obligada Paulina á añadir:

—Se ha marchado con una niña.

—No veo en ello nada de particular, dijo Marta volviéndose á acostar; cualquiera puede viajar con una niña.

—Pero es que es una criatura que se le parece extraordinariamente, añadió Paulina.

La institutriz no había perdido el tiempo; la niñera, que pasó parte de la noche buscando detalles, enteró á Paulina de los que pudo recoger, Marta cerró los ojos; pero la palidez de su semblante, anunció á Paulina que el golpe había surtido efecto.

—Una criatura de tres años, una niña que se le parece mucho y para la cual vino ayer á encargarme una institutriz.... bajo la promesa

del mayor secreto, como usted comprenderá.

—¿Y usted se la ha procurado? dijo Marta.

—He creído que hacía un bien en ello...

Un rápido movimiento de Marta demostró á Paulina que si ella había creído hacer un bien, se había equivocado. La institutriz siguió diciendo:

—Ya sabe usted, señorita, que las pobres muchachas obligadas á trabajar son dignas de lástima; precisamente ayer mañana vino una á pedirme una colocación y, aunque no la conocía, le indiqué el domicilio del señor Averief para que se entendiera con él.

Y después de un momento de silencio, añadió:

—El señor Averief se la ha llevado al Extranjero con la niña.

—Pero ¿qué me importa á mí todo eso? dijo Marta de repente sentándose en la cama. ¿Por qué viene usted á contarme todas esas historias?

—Porque en una casa, respondió Paulina que había previsto la contestación, donde por desgracia no hay madre, las jóvenes deben estar perfectamente informadas de la honorabilidad de aquellos que son recibidos en ella; y si por casualidad llegase un día en que las cosas revistieran el aspecto de un escándalo público, es preciso saber lo que pasa, para tomar precauciones.

—¡Un escándalo público! repitió Marta llevándose las manos á la cara como para ocultarse de esta posible vergüenza. Pero ¿qué ocurre?

Entonces, Paulina, que había traído hábilmente la conversación á este terreno, explicó la novela que inventó durante la noche. Miguel tenía una querida en San Petersburgo y de esta mujer, que era casada, tuvo esa niña; á principios del otoño pasado se disgustaron, marchándose ella á Italia y quedándose Miguel con la criatura; pero como éste estaba locamente enamorado, volvieron á hacer las paces, por correspondencia, y convi-

nieron celebrar su reconciliación en Italia. Hacía dos días que Miguel había recibido un telegrama urgente y en su vista, preparó el viaje llevándose á la niña que la madre reclamaba.

—He aquí por qué, durante este invierno, ha sido Miguel tan asiduo concurrente de casa. ¡Como no sabía dónde pasar la noche! Ha dicho que volvería dentro de quince días; pero esto no es verdad; se quedará por allá y, si viene, será con ella. Hasta se dice que su querida ha pedido el divorcio para casarse con Miguel.

Había tenido Paulina tanta habilidad para mezclar algunos de los hechos reales con las falsas suposiciones de su endemoniado ingenio, que la relación de tales hechos parecía verdadera.

La brusca marcha de Miguel dejaba el campo libre á toda clase de conjeturas.

—¿Quién os ha contado todo eso?—preguntó Marta que se había levantado de la cama.

—¡Todo el mundo, señorita. ¡Si es el plato del día, si no se habla de otra cosa!

—Pero usted ¿por dónde lo ha sabido? ¿por los criados?

Esta pregunta, dirigida en un tono de indecible desdén, hirió á Paulina en lo más hondo de su dignidad.

—He creído un deber el informarme, mirando por la honra de usted y por la de esta casa. Don Miguel viene por aquí con frecuencia; es guapo, usted es joven...

—¡Basta!—interrumpió Marta con voz sorda, indicio en ella de la más grande indignación;—á mi padre es quien debe usted contar cosas que yo no debo ni sospechar siquiera.

—Señorita...

—¡Basta, le he dicho, usted me u' traja!

—Voy á comunicárselo al señor Milaguine, señorita Marta... pero; qué poco agradecida es

usted á esta pobre institutriz que os ha educado y que os adora como una madre!...

Y Paulina empezó á sollozar. Marta, indecisa, se recriminaba interiormente el haber tomado tan á pecho esta revelación; se dejó besar las manos con objeto de quedar más pronto sola, y tranquilizó á la institutriz diciéndole que ella no era amiga de historias ni cuchicheos, cuya sola relación le molestaba.

Paulina, sumisa, salió de puntillas de la habitación, tranquila del resultado de su felonía.

Tuvo muy buen cuidado de no decir una palabra al señor Milaguine, pues éste hubiera hecho averiguaciones que sin destruir por completo la novela inventada por la ambiciosa institutriz hubieran quebrantado profundamente el edificio constituido por las caritativas manos de Paulina.

Además, Paulina tenía el convencimiento íntimo de que Marta no diría á su padre ni una sola palabra de lo que acababa de oír; y sabía perfectamente que el señor Milaguine no había hecho nunca, delante de sus hijas, alusión alguna á estas historias más ó menos ligeras que corren por el mundo.

Satisfecha, pues, y orgullosa de su tacto y de su diplomacia, dirigióse á sus habitaciones para presentarse elegante á la hora del banquete.

VIII

En seguida que salió Paulina, cerró Marta con llave la puerta de su alcoba y abrió la ventana;

le parecía que el aire de su habitación estaba envenenado. El sol había desaparecido tras los maticos de las islas; las aguas del Neva tenían un tinte azulado y el aspecto de la naturaleza era otro muy distinto del de la mañana; la luz, el reflejo de las aguas, el aire que besó los cabellos de Marta, todo había desaparecido; de aquel todo tan encantador no quedaba más que la triste realidad, fría, monótona...

Marta se sentó al lado de la ventana sin derramar una lágrima; los manantiales de su alma habían quedado repentinamente secos, sus ideas confusas, sus recuerdos borrosos. Hoy cumplo veinte años, se decía, y esta idea, que no se relacionaba con ninguna de sus inspiraciones presentes, era para ella de una amargura inexplicable. Recordando los coloquios sostenidos con Miguel, durante el invierno, en el saloncito de su casa, —¡me engañaba!— se decía, aunque su corazón le impulsaba á creer todo lo contrario. —¡Pero se ha marchado!— añadía— y no ha vuelto esta mañana, ni me ha enviado nada, ni nada ha dicho.

—¡Me ha estado engañando siempre, desde que le conozco!... Esta niña de tres años... Era muy joven entonces... Acababa de ingresar en el regimiento... ¿Y yo he querido á este hombre que amaba á otra? Le he dado lo que no me ha pedido, un sumiso cariño, y tal vez, ahora, haya intentado manifestarme su afección... por caridad, por conmiseración. —¡Oh, Dios mío! ¡esto es demasiado!

Rebajada su dignidad, llegó á creer Marta que estaba de más en este mundo y pensó en morir antes que volverse á encontrar en presencia de aquel hombre cuyo solo recuerdo constituía para ella una especie de perpetuo oprobio.

Afortunadamente no se piensa mucho en la muerte cuando se tienen veinte años, y la belleza

y el bienestar entrevén rosados horizontes. El instinto de conservación la llevó á otro orden de ideas menos extravagantes.

— ¡Todo, dijo, cualquier cosa, antes que volverlo á ver. Si es preciso nos iremos de viaje.

Y con los ojos encendidos y las mejillas encarnadas empezó á vestirse con coquetería, con arte, refinando el gesto, para no aparecer ante los invitados, como un mujer humillada en lo más íntimo de sus afectos. Algunas palabras de Paulina le dieron á comprender que alguien se había fijado en las atenciones y asiduidades de Miguel para con ella; pero Marta se propuso demostrar á todo el mundo que la ausencia del joven la tenía sin cuidado.

Entró en el comedor á la precisa hora de comer, como le había dicho su padre, con su collar de perlas en el cuello, flores en la cabeza, cintas de seda color de rosa por todas partes la encarnación de la belleza, del orgullo, de la juventud triunfante. Su presencia provocó un grito de general admiración, hasta de las señoras.

— ¡Eres el hada de los veinte años! le dijo el padre de Sofía Cherikof; no te falta nada más que la varilla mágica.

— La tiene, la tiene, contestó el príncipe Oghérof, que se encontraba muy atareado en la mesita de los entremeses y que se volvió rápidamente con una copa de kummel en una mano y una terrina de foie gras en la otra — Lo que es que la oculta misteriosamente, después de habernos encantado á todos con sus gracias.

Todo el mundo acogió con risas la galantería del príncipe, incluso Marta. Durante la comida, que presidió ella, con aire de soberana, no cesó Oghérof de hacerla objeto de todas sus atenciones y, ¡cosa extraña! Marta acogía con gusto las galanías del príncipe.

Desde que se vió desdenada, empezó á sentir esa secreta satisfacción que experimenta toda mujer cuando oye decir que es bonita. Animados por este cambio, otros jóvenes, aparte del príncipe, se atrevieron á manifestar á Marta la admiración que les producía su belleza, y ella, sonriente y gozosa, á todos atendía y para todos tenía frases con que contestar sus amables lisonjas. En dos horas, había experimentado una completa transformación; por dos ó tres veces, su padre la había mirado con profunda extrañeza, pues nunca vió en ella tamaña familiaridad.

—Bah se dijo, por una vez, no hay peligro.

Oghérof había desaparecido del comedor mientras se servía el café. Al cabo de una hora volvió, é invitó á la concurrencia para que pasara al jardín á ver los fuegos artificiales.

—Los veremos desde los balcones, dijo el señor Milaguine, que después de comer se sentía extremadamente perezoso.

—No, papá, no, vamos al jardín, le contestó Marta saltando á su alrededor. Sergio os llevará una butaca.

Sergio Averief no dejaba á Marta un momento; parecía su sombra; ella aprovechaba su influencia y se servía de él como de un perro.

Bajaron al jardín. Las señoras tenían las sillas preparadas y el príncipe no hacía más que ir de un sitio á otro preparando los fuegos; los asistentes que trajo del regimiento para el servicio de las piezas de artificio, no se habían visto nunca en tales aprietos; así es que muchas ruedas se quemaron sin lucimiento, y otras no se encendieron; pero como todo el mundo estaba de buen humor, la jovialidad general desechaba en seguida la decepción del momento.

—Pero, príncipe, venga usted á contemplar su obra —gritó el señor Milaguine en el momento en

que Oghérof, ronco á fuerza de reprender á sus soldados, decía: —¡Atención, señores, el ramillete final!

—Venga usted, venga usted, repitió el señor Milaguine.

El príncipe franqueó en dos saltos el espacio que lo separaba de los espectadores y fué á colocarse detrás de Marta.

—¡Venga! gritó á sus improvisados pirotécnicos.

El ramillete se encendió espléndidamente entre los aplausos de la concurrencia; pero mientras que los cohetes voladores, al estallar en el aire, se convertían en lluvia de estrellitas de todos colores, desprendióse del ramo una serpentina y dirigiéndose en zig zag hacia donde estaban los espectadores fué á introducirse entre los pliegues del vestido de Marta. Esta se levantó bruscamente al ver que empezaba á arder su traje de muselina vaporoso, y en un momento las llamas, avivadas por el aire, se apoderaron de la falda llegando hasta la cintura.

Antes de que Marta tuviera tiempo de lanzar un grito, el príncipe Oghérof la había cogido entre sus brazos y la llevó á la casa. Todo el mundo los siguió desordenadamente, pero cuando llegaron, encontráronse á Marta, en medio del salón, algo pálida, sonriente, y envuelta en un gran tapete de mesa. Oghérof de rodillas, le arreglaba los pliegues del paño con el cual había apagado el fuego y retiraba los pedazos de unas figuras de porcelana.

—No me ha pasado nada, dijo Marta con voz temblorosa, viendo aparecer á su padre con el semblante descompuesto. No te asustes, papá, no tengo ni una ampolla.

Retiró el tapete que la envolvía y dió un paso hacia adelante; el susto recibido fué mayor que

su valor y su sangre fría, y vaciló para caer. Todo el mundo se dirigió á ella, pero Oghérof, que estaba más próximo, la sostuvo; sonrojada, se separó del príncipe y tambaleando la recibió el padre en sus brazos.

—Príncipe, dijo Milaguine, turbado por la emoción, os debo la vida de mi hija.

—Otra cosa es lo que pudiera usted deberme— contestó Oghérof mal humorado; soy un imbécil y á nadie más que á mí puede ocurrírsele hacer el oficio de pirotécnico, sin entender una palabra!

—Sin embargo, me ha salvado usted de una muerte horrible, le dijo Marta con dulzura, tendiéndole la mano.

—Bésele usted la mano, Oghérof, que bien lo merecéis, añadió el señor Milaguine, emocionado todavía.

Y maquinalmente, buscaba á su alrededor algo que dar al príncipe en señal de reconocimiento, Oghérof no se hizo rogar.

—¿Que buscáis las figuras? dijo éste. No os molestéis; los pedazos están en el suelo. Tiré del tapete para envolver con él á Marta y crea usted que no me fijé en lo que había encima.

Los concurrentes, emocionados por esta escena, no hablaban de otra cosa y alguien indicó la conveniencia de retirarse, pero el señor Milaguine se opuso á ello tenazmente; Marta se fué á cambiar de traje y empezó el baile. Marta, que poseída de terror, lloraba á lágrima viva, se repuso bien pronto de su emoción y se preparó para bailar toda la noche, y al poco rato, renació la tranquilidad y los acordes de la música disiparon la anterior tristeza.

Marta no bailó; á consecuencia del susto, le había quedado una especie de temblor nervioso que le acometía de vez en cuando. Sentada en una butaca, miraba á las parejas, oía la música,

sentía el ruido y le parecía un sueño todo lo que había pasado por la mañana. No se acordaba de Miguel, y cuando le acudía á su memoria la idea de este hombre, cambiaba en seguida de pensamiento para quitarse ese dardo que le atravesaba el corazón.

Oghérof, que no se apartaba un momento de su lado, aparecía mucho más serio que de costumbre; y verdaderamente tenía motivos para estarlo, pues se sentía locamente enamorado. Las nacaradas espaldas de Marta, mal cubiertas por la transparente muselina, sus cabellos rizados que le habían acariciado la cara, su cuerpo virginal que había llevado en brazos y apretado contra sí entre las llamas que quemaban las manos, todo esto había removido en su ser una sensación tan imprevista como embriagadora.

No era una mujer acostumbraada al contacto de la vida mundana la que había estrechado contra su pecho; era una jovencita, una inocente, de quien ningun hombre había recogido la ambrosía de sus labios ni el néctar de su cariño, y el recuerdo de esta impresión, nueva para él, y tan fugaz que parecía un sueño, le impulsaba el deseo irresistible de verla renovada.

—¡Soy capaz de casarme con Marta! se dijo de repente el príncipe que jamás había pensado en el matrimonio.

Para Oghérof, cosa deseada se convertía en cosa necesaria. Reflexionó cinco minutos y después se dirigió al señor Milaguine, que no había querido jugar á las cartas y que, guardando las apariencias con respecto de dignidad autoritaria, estaba arrellanado en una butaca entregado á las dulzuras de un sueño apacible.

—Señor... le dijo Oghérof.

Milaguine hizo un brusco movimiento.

—¿Qué hay? balbuceó. Ah! ¿es usted, príncipe? No os había visto. ¿Qué desea usted?

—Adoro á Marta y vengo á suplicaros me conceda usted el permiso para que admita su hija la expresión de mi cariño.

—¡Qué bien se expresa pensó el señor Milaguine, recordando la forma en que su sobrina Sofía había llevado las cosas.

—¿Ha indicado usted á su familia este proyecto de casamiento? le preguntó al príncipe perseguido siempre por el mismo recuerdo.

—No tengo parientes próximos, respondió Oghérof, ni dependo más que de mí mismo; en usted está, pues, el hacerme feliz ó desgraciado.

—Oh, no, amigo mío, yo no quisiera de modo alguno hacer vuestra desgracia, contestó el señor Milaguine completamente desolado; pero eso es cosa de mi hija exclusivamente.

—Luego ¿consiente usted?—dijo el oficial trastornado de alegría.

—No tengo ningún motivo para oponerme, dijo en tono sentencioso el señor Milaguine; de esto á consentir no hay mucha diferencia; pero lo principal es cuestión de Marta.

—A ella solamente quiero deberlo, dijo Oghérof con dignidad.

Transportado á un mundo de ideas completamente nuevo para él, se encontraba muy bien en ese ambiente. Se estaba proporcionando el gusto de presenciar un espectáculo del cual era actor y todo ello le parecía graciosamente extraño, deliciosamente original. Además, Marta era una joven adorable y haría una incomparable princesa Oghérof.

Se dirigió á Marta, pero la encontró hablando con otras. Refrenó su impaciencia y se sentó á cierta distancia para examinar á la futura princesa.

Todas las apariencias de la joven, su aspecto,

su aire aristócrata, las gracias de su semblante, sus maneras distinguidas, hacían de Marta la esposa por excelencia.

—Este casamiento, decía el príncipe, determinará un cambio en mi posición social.

Durante una hora estuvo esperando en vano el que se presentara una ocasión favorable para hablar con Marta. Ya se iban retirando los invitados y todavía no había podido realizar sus deseos. Quiso quedar el último, pero le rodeó un grupo de amigos y se vió obligado á salir con ellos. Por otra parte, Marta que estaba visiblemente fatigada por tantas y tan variadas emociones, no tendría el ánimo muy bien dispuesto para acoger una proposición de aquella naturaleza y además, se decía Oghérof: no tendría ahora mi petición el carácter de querer cobrar inmediatamente el servicio prestado?

Convencido por estas reflexiones penetró en su casa más grave que de ordinario. Al pasar por el restaurant Dussaux, se le ocurrió entrar para cenar impulsado, más que por el apetito, por la fuerza de la costumbre.

—No, se dijo; esto sería una inconveniencia.

Y satisfecho del sacrificio hecho en aras del matrimonio en perspectiva, se fué á dormir tranquilamente.

IX

Marta también durmió aquella noche profundamente.

La multitud de impresiones recibidas había determinado en su espíritu una especie de vago embotamiento y tenía necesidad de recobrar las fuerzas para disipar tantas cosas confusas y tantos hechos extraños.

Al levantarse el día siguiente lo primero que apercibieron sus ojos fué el vestido de la noche anterior colocado sobre una butaca; los ennegrecidos bordes de la muselina quemada dibujaban caprichosas figuras en el vestido deshecho. Se acordó, temblando, del momento en que, invadida por las llamas, perdió la noción de las cosas y de los hechos; no tenía conciencia del modo como había recorrido el trayecto hasta el salón en donde se encontró envuelta entre los pliegues de un tapete y no recordaba más que la impresión producida en su espíritu por el accidente.

En seguida se le ocurrió una idea desagradable.

—Oghérof me ha tenido en sus brazos!—se dijo, y al pensar en ello una oleada de rubor le subió al semblante.

Esto era cosa hecha, irreparable; sin el auxilio del príncipe probablemente hubiera perecido de la manera más horrible... pero á pesar de esta certidumbre, no podía acostumbrarse á la idea de que este hombre la hubiera tenido sobre su pecho y mucho menos al pensar que el príncipe, al verla, recordaría siempre lo sucedido.

Desechó este pensamiento importuno, pero en seguida la invadió otro. Miguel estaba de viaje con su hija y se dirigía á Italia, donde le esperaba la mujer amada.

Unos celos crueles, una rabia sorda, se apoderaron de su alma; era incapaz, por su carácter, de hacer daño á nadie, pero si hubiera tenido al alcance de su mano á esa mujer que Miguel quería y con la cual iba á unirse nuevamente, la hubiera matado sin hacerla sufrir.

Empezó á vestirse lentamente, con esa flojedad que sigue á las grandes crisis. Cuando bajó al comedor para almorzar encontró al padre, que, inquieto, la esperaba al pie de la escalera.

—Me disponía á subir, le dijo, viendo que tardabas tanto. Tenía miedo á que estuvieses enferma. Pero ¡qué pálida estás!

—Un poco de cansancio. No será nada!

Después del almuerzo, Milaguine se llevó á su hija al despacho — la hizo sentar en el sofá, no sin antes haber echado sobre sus espaldas, con tierna solicitud, un chal que él mismo fué á buscar. Marta, sonriendo melancólicamente, le dejaba hacer, sintiéndose feliz al verse objeto de los mimos de su padre.

Cuando el señor Milaguine terminó, dejóse caer sobre una butaca, respiró con fuerza, miró á Marta, se examinó por dos ó tres veces los dedos de las manos, como si buscara en ellos las fuentes de su inspiración y, por fin, dijo:

—¿No te ha dicho nada el príncipe Oghérof?

—No, papá, respondió Marta levantando sus ojos con manifiesta extrañeza.

—Anoche, á las once, me pidió tu mano.

De un brusco movimiento se quitó Marta el chal que cubría sus brazos y espalda y se enderezó en el asiento, con los ojos bajos, en una postura reveladora de profunda reflexión.

—¿Ha pedido á usted mi mano? preguntó después de un rato de silencio.

—Sí.

—¿Anoche?

—A las once.

Marta volvió á reflexionar y su padre la miraba sin desplegar los labios; tenía su hija el privilegio de dejarle mudo y perplejo.

—¿Y qué le ha contestado usted?

—Pues que eso era cosa tuya.

Marta se levantó de su asiento, abrazó á su padre, le besó cariñosamente la mano, que éste pasó al rededor de su cuello, y se volvió á sentar.

—¿Y bien? dijo el señor Milaguine sorprendido por el modo con que su hija acogía esta petición.

—¿Os parece bien ese partido? le preguntó Marta con dulzura.

El señor Milaguine, confundido cada vez más por el giro extraño que la cuestión tomaba, no pudo contenerse y le dijo á su hija:

—¿Y á tí?

—De eso ya trataremos más tarde. Por el momento lo único que deseo es conocer vuestra opinión.

—Oghérof no ha pasado nunca, dado su género de vida, por un hombre á propósito para casado. Sin embargo, es un buen chico, algo loco, pero muy agradable; es muy rico, no tiene parientes próximos y su posición es brillante. Yo no tengo nada que decir contra él... Además, es jovial y tiene buen carácter.

Marta escuchaba á su padre atentamente, no sin experimentar una secreta amargura.

—¿Por qué querrá casarse conmigo? preguntó á su padre, tras un intervalo de vacilación.

—Porque estará enamorado de tí! ¡Qué pregunta más extraña! dijo el señor Milaguine completamente aturdido.

Marta volvió á su primitivo silencio.

—Bueno, sepamos de una vez que tienes que decir á esto, añadió el señor Milaguine haciendo un gesto de impaciencia.

—No puedo decir nada todavía. Hablaré con él... Y dígame usted, ¿no os desagradaría este casamiento?

—¿Por qué?; la princesa Oghérof será bien recibida en todas partes y el príncipe será un yerno encantador.

—Lo pensaré, dijo Marta levantándose. Abrazó á su padre, salió lentamente del despacho y dejó al señor Milaguine sumido en una cómica incertidumbre.

X

El príncipe Oghérof no tardó en presentarse con la irreprochable elegancia de un pretendiente locamente enamorado, pero conocedor del mundo, dispuesto á tomar por asalto la ciudadela. Marta, prevenida de antemano, le encontró en el salón, con la actitud arrogante de un héroe decidido á vencer ó á morir.

A Paulina, que había seguido á Marta, la retuvo el señor Milaguine, llevándola á su despacho en donde el menú de una comida fué sometido á las más meticulosas investigaciones y á las discusiones más interminables. El señor Milaguine no quería que Paulina conociera este proyecto de casamiento hasta el momento en que fuera una realidad, con objeto de evitar habladurías.

Marta se sentó é invitó al príncipe á hacer lo mismo. Oghérof podía ser absurdo en sus cosas, pero no hacía nunca un papel ridículo. Su natural distinción y su educación excelente lo ponía al abrigo de toda inconveniencia. Así fué que con la mayor sencillez, con mucha mesura y con exquisito buen gusto explicó á Marta sus sentimientos pidiéndole su mano.

Marta se sintió complacida en su fuero interno al ver la manera tan natural como se trataban